

La sal de la mortificación

San Josemaría aconsejaba vivir algunos pequeños sacrificios y explicaba tres motivos para hacerlos con sentido cristiano.

05/02/2023

San Josemaría aconsejaba algo que vivía en primera persona: poner "una cruz en cada plato", es decir, mortificarse en todas las comidas: espaciando el beber agua, por ejemplo, y no haciendo comentarios sobre los alimentos. Tomaba un poco menos de lo que le apetecía o un

poco más de lo que no le gustaba tanto...

Pon, entre los ingredientes de la comida, "el riquísimo" de la mortificación.

Forja, 783

Te doy dos razones para vivir la mortificación...

Desde todos los puntos de vista, es de una importancia extraordinaria la mortificación.

—Por razones humanas, pues el que no sabe dominarse a sí mismo jamás influirá positivamente en los demás, y el ambiente le vencerá, en cuanto halague sus gustos personales: será un hombre sin energía, incapaz de un esfuerzo grande cuando sea necesario.

—Por razones divinas: ¿no te parece justo que, con estos pequeños actos,

demostramos nuestro amor y acatamiento al que todo lo dio por nosotros?

... Y una tercera

La templanza es señorío. No todo lo que experimentamos en el cuerpo y en el alma ha de resolverse a rienda suelta. No todo lo que se puede hacer se debe hacer. Resulta más cómodo dejarse arrastrar por los impulsos que llaman naturales; pero al final de ese camino se encuentra la tristeza, el aislamiento en la propia miseria.

Algunos no desean negar nada al estómago, a los ojos, a las manos; se niegan a escuchar a quien aconseje vivir una vida limpia (...) La vida recobra entonces los matices que la destemplanza difumina; se está en condiciones de preocuparse de los demás, de compartir lo propio con todos, de dedicarse a tareas grandes. La templanza cría al alma sobria, modesta, comprensiva; le facilita un

natural recato que es siempre atractivo, porque se nota en la conducta el señorío de la inteligencia. La templanza no supone limitación, sino grandeza. Hay mucha más privación en la destemplanza, en la que el corazón abdica de sí mismo, para servir al primero que le presente el pobre sonido de unos cencerros de lata.

Amigos de Dios, 84

Otro motivo para el mismo esfuerzo

Os basta echar una mirada a vuestro alrededor. Fijaos a cuántos sacrificios se someten de buena o de mala gana, ellos y ellas, por cuidar el cuerpo, por defender la salud, por conseguir la estimación ajena... ¿No seremos nosotros capaces de removernos ante ese inmenso amor de Dios tan mal correspondido por la humanidad, mortificando lo que haya de ser mortificado, para que

nuestra mente y nuestro corazón
vivan más pendientes del Señor?

Se ha trastocado de tal forma el
sentido cristiano en muchas
conciencias que, al hablar de
mortificación y de penitencia, se
piensa sólo en esos grandes ayunos y
cilicios que se mencionan en los
admirables relatos de algunas
biografías de santos. Al iniciar esta
meditación, hemos sentado la
premisa evidente de que hemos de
imitar a Jesucristo, como modelo de
conducta. Ciertamente, preparó el
comienzo de su predicación
retirándose al desierto, para ayunar
durante cuarenta días y cuarenta
noches, pero antes y después practicó
la virtud de la templanza con tanta
naturalidad, que sus enemigos
aprovecharon para tacharle
calumniosamente de hombre voraz y
bebedor, amigo de publicanos y
gentes de mala vida.

La tragedia de la mantequilla

Leíamos —tú y yo— la vida heroicamente vulgar de aquel hombre de Dios. —Y le vimos luchar, durante meses y años (¡qué «contabilidad», la de su examen particular!), a la hora del desayuno: hoy vencía, mañana era vencido... Apuntaba: «no tomé mantequilla..., ¡tomé mantequilla!» Ojalá también vivamos —tú y yo— nuestra..., «tragedia» de la mantequilla.

Camino, 205 Conocer la historia de este punto de Camino